



CONFERENCIA DE MONSEÑOR JOSE IGNACIO MUNILLA

LA EUCARISTÍA CENTRO DE LA VIDA

La reflexión que me habéis pedido tiene el título de "La Eucaristía, centro de la vida cristiana". Quiero enfatizar lo de "centro", porque luego al final voy a hacer una evocación de una misión eucarística que se hizo en Roma, hace ya bastantes años, en la que se habló también de poner a la Eucaristía en el centro de nuestra vida. Hablar de que la Eucaristía esté en el centro de nuestra vida me parece que es ir a lo sustancial, y entonces ¿por dónde vamos a empezar? vamos a empezar hablando de la adoración eucarística, porque yo creo que **la adoración eucarística** es ciertamente una visualización de lo que es poner a la Eucaristía en el centro.

Venimos de celebrar, hace poco la Jornada Mundial de la Juventud en Lisboa y allí una vez más vimos lo que es poner a la Eucaristía en el centro y hacer aquel acto de adoración impresionante que tuvo lugar también en aquel lugar, con un silencio que dices: "no es posible que se forje este silencio entre un millón o más de asistentes ante la Eucaristía". Eso visualizaba lo que es ser el centro, que la Eucaristía es el centro. Decía que voy a partir de la experiencia de la adoración eucarística porque necesitamos una experiencia de Dios cercana como es la Eucaristía, sin perder por ello la conciencia humilde de la trascendencia de un Dios que nos supera infinitamente.

Dicho de otra manera, yo creo que aquí hay como dos peligros: uno es el de la falta de confianza en Dios y no tener una experiencia de su cercanía, y otro es el de falta de respeto, de no tener conciencia de su grandeza. ¿Y qué es peor? ¿el miedo a Dios y entenderlo como un policía? o ¿la falta de humildad y tenerlo como un colega que hago con él lo que me dé la gana? ¿Que es peor de las dos cosas? no voy a elegir porque lo peor, ciertamente es, el desconocimiento de Dios y la indiferencia, sin duda alguna eso es lo peor. "Si conocieras el don de Dios", dice el Señor " serías tú el que le pedirías", por lo tanto, la clave está en conocer y creo que es muy importante subrayar cómo en la Eucaristía esas dos dimensiones se unen: la dimensión de la trascendencia de Dios, donde Dios es infinitamente superior a lo que tú puedas pensar de él, y al mismo tiempo es más íntimo a ti que tu propia intimidad. Esas dos dimensiones que se llaman la trascendencia y la inmanencia, que algunos pensarían que son opuestas y que tienes que apostar o por una o por la otra ya que por las dos a la vez no puede ser, pues digamos que las dos acontecen al mismo tiempo en el misterio de la Eucaristía.

Voy a ir al año 2005, donde fue la Jornada Mundial de la Juventud en Colonia, y fue la primera vez que la Iglesia tuvo el atrevimiento de exponer el Santísimo Sacramento, de hacer una exposición del Santísimo entre los cientos de miles de jóvenes allí presentes, porque nunca se había hecho una Jornada Mundial de la Juventud en la que se expusiese el Santísimo Sacramento de una manera tan pública. Juan Pablo II, que era un amante de la Eucaristía (fíjate qué documentos ha escrito) quizás a él le parecería

que exponer el Santísimo Sacramento ante un millón de jóvenes en una explanada, allí, en donde unos están durmiendo con sacos de dormir y no sé qué, le parecería un poco arriesgado, que ciertamente lo es, era un poco arriesgado, pero fíjate, llegó Benedicto XVI y en la primera Jornada Mundial que le tocó dijo: "yo quiero hacerlo, yo quiero hacerlo". Y entonces se expuso el Santísimo Sacramento, allí en el campo de Marienfeld, que fue tremendo, fue la primera vez que se hacía una cosa así, una exposición del Santísimo Sacramento de esa forma, y en ella se estaba enfatizando la centralidad de la Eucaristía, el Papa quería que ese signo sirviese para la centralidad.

Es impresionante que desde entonces hasta ahora, en la Iglesia no nos damos cuenta que cuando se hace un signo fuerte como este, cómo se está abriendo camino, porque desde entonces hasta ahora, en todos los encuentros de pastoral juvenil que se hacen, en todas las familias yo creo que de la Iglesia Católica, se expone el Santísimo. Entonces la centralidad de exponer el Santísimo Sacramento la hemos asumido. Aquel gesto fuerte que se hizo no solo ha continuado en las siguientes jornadas mundiales de la juventud, sino en todos los encuentros. Por ejemplo, esta semana, ayer, tuve yo un encuentro, en Alicante, con los chicos que han ido a Lisboa e hicimos testimonios y ¿cómo concluimos? exponiendo el Santísimo, y ante Él así concluimos. Hoy en día hemos aprendido a hacer eso en nuestra pastoral juvenil y no juvenil, es decir, a poner a Jesucristo en la Eucaristía en el centro de nuestra vida.

Entonces el Papa no solo hizo aquello, sino que lo explicó por qué lo hacía, y él dijo: "Es oportuno recordar al respecto las diversas acepciones que el vocablo 'adoración' tiene en la lengua griega y latina". En Benedicto XVI, como siempre, sus reflexiones son sesudas, propias de un intelectual, porque cada uno tiene su carisma en esta vida obviamente. Entonces él dijo: "Hay que ver que la etimología de la palabra adoración es muy elocuente", "la etimología curiosamente es muy distinta en el vocablo griego y en el vocablo latino". El vocablo griego es *proskynesis*; adoración en griego se dice *proskynesis*, ¿y qué significa *proskynesis*? es adoración en el sentido de sumisión, de reconocimiento de Dios que te supera infinitamente, y tú ante la grandiosidad de Dios acoges, aceptas su voluntad, te sometes a él; es el sometimiento a la grandeza de Dios. Ese es, digamos, el sentido griego de la palabra adoración, que es *proskynesis*. Pero es que curiosamente, en latín, que es *adoratio*, tiene un significado bastante complementario, porque significa, decía él, en latín, *adoratio* que significa contacto físico, el beso, el abrazo que está implícito en la idea de amor. Algo bastante complementario a lo anterior y bastante diferente. O sea que en griego el aspecto de la sumisión prevé que Dios te supera infinitamente y tú ante Él te postras reconociendo tu pequeñez, nos sometemos al amor; y de hecho, decía él, la Eucaristía, la adoración, debe de convertirse en una unión porque no solamente te sometes, sino que el amor de Dios te abraza, te besa, se une contigo, es la unión entre el Señor vivo y cada uno de nosotros. Y así hizo el Papa esa catequesis, delante de todos los jóvenes, sin anestesia, quiero decir, porque así era Benedicto XVI, sus reflexiones tenían ese nivel.

Él también dijo allí que no solo está frente a nosotros como si fuese el "totalmente otro". Por ejemplo, el islam subraya mucho esta dimensión, el islam subraya la dimensión de la trascendencia infinita de Dios, pero no subraya la otra dimensión, la de la inmanencia, la de que Dios es cercano a ti, íntimo, no, porque eso es propio del cristianismo, el subrayar las dos dimensiones. Entonces él dice: "Dios no solamente es el totalmente otro, sino que está dentro de nosotros y nosotros estamos en Él, Él está en nosotros y nosotros estamos en Él, su dinámica nos penetra y desde nosotros quiere propagarse a

los demás y extenderse a todo el mundo para que su amor sea realmente la medida dominante del mundo". Esas fueron sus palabras.

Entonces partimos de ahí y nos damos cuenta de que el Santo Padre, el Papa Benedicto XVI, tuvo esa intuición, la intuición de que lo que acontece en la Eucaristía tiene que ser el motor de lo que acontezca en el mundo. ¿A qué se refería él? A la transustanciación. Él dice: "La transustanciación es fuente de esperanza; el pan y vino se convierten en el cuerpo y sangre; sin embargo, la transformación no se para ahí, sino que comienza desde ahí a transformarse otras muchas cosas." En la Eucaristía ha acontecido una transformación. Esto es como cuando tú lanzas una piedra a un estanque de agua totalmente remansada, cae la piedra y se empieza a mover el agua en ondas concéntricas que se van cada vez extendiendo más. Y dice, eso pasa con la Eucaristía: acontece que se transforma el pan y el vino en el cuerpo y sangre de Jesús, y esa transformación comienza a suscitar otras transformaciones. Dice él: "se transforma la violencia en el amor, se transforma la injusticia en la justicia, se transforma la muerte en la vida; se transforma...", es decir, el cambio que acontece en la Eucaristía está llamado a ser el inicio del cambio del mundo. "El cuerpo y la sangre de Cristo se nos ha dado para que nosotros mismos seamos transformados", para que yo sea transformado, y para que, si en la Eucaristía ha habido ese cambio, yo que lo recibo también me transformo y las cosas que yo toco se van transformando. E incluso habló de perderle el miedo a la palabra "transustanciación" (quítale el miedo a esa palabra) porque algunos decían que era una palabra pues no sé, muy filosófica, abstracta, y él decía: "quítale el miedo a la palabra, porque en el fondo es una expresión plena de sentido bíblico, cuando por ejemplo dice la Sagrada Escritura: 'Mira cómo hago nuevas todas las cosas', porque la representación de este mundo se termina y Dios lo hace nuevo todo".

Esta es la reflexión de partida, que os hago. Y yo os recomendaría, fijaros bien, para tener esa esperanza de que cada vez que celebramos la Eucaristía acontece esa transformación en el pan y el vino, que eso va a ser el punto de partida del cambio del mundo; el mundo va a cambiar porque allí acontece esa transformación. Por ejemplo, os recomiendo la lectura del capítulo segundo del libro de Daniel, es como sabéis, cuando el profeta interpreta un sueño que había tenido el rey en el que había visto una estatua gigante, cuya cabeza era de oro, su cuello de plata, el pecho de bronce, las piernas de hierro, y los pies tenían mezclado barro y hierro, con lo cual eran inconsistentes. La estatua de aquel gigante vista desde lo lejos, parecía invencible, inexpugnable, pero cayó una pequeña piedrecita que se desprendió, que fue cayendo hasta que dio en los pies de barro de aquel gigante. Entonces aquel gigante que parecía invencible frente a esa piedrecita, hizo que cayese la estatua y quedase pulverizada ante las miradas estupefactas de los que estaban allí presentes, que pensaban que aquel gigante era invencible. ¿Por qué pongo este ejemplo? porque esto mismo es lo que va a pasar, no lo dudemos, con una cultura sin Dios, que está de espaldas a Jesucristo, que se yergue soberbia, pero que está cimentada sobre pies de barro. Por cierto, que en el lenguaje castellano, eso es impresionante, cuántos refranes y dichos hay que tienen su origen bíblico, se dice: "esto tiene pies de barro" y eso está en este texto bíblico. Esto parece invencible, pero tiene pies de barro. Esto significa que como adoradores estamos llamados a ser centinelas de la Aurora de una nueva cultura, que nace de Cristo, de una nueva cultura que se basa en la conciencia de que somos amados por Dios con un amor entrañable y que somos hijos del Dios misericordioso. Y somos centinelas de esto que está por ocurrir, que algunos todavía no lo ven porque les falta fe, que ese gigante va a caer, igual que mucha gente, cuando iba a caer el Muro de

Berlín no lo veía. Es curioso que uno lee artículos anteriores al año 89 de la caída del Muro de Berlín y eso no lo predecía nadie, eso aconteció sin pronóstico pero cayó de una manera porque tenía pies de barro cayó. Entonces yo creo que quien adora la Eucaristía tiene que tener los ojos de fe para darse cuenta que ciertas cosas que parecen inexpugnables, que hoy en día se están erigiendo como un gigante imbatible, va a caer porque tienen los pies de barro y porque esa piedrecita que se ha desprendido, que parece una chinita, le va a pegar al pie de barro y se va a caer entero. Y esa piedrecita que se cae y que cae, ¿quién es? es Jesucristo en la Eucaristía que transforma el pan y el vino, su cuerpo y su sangre, y te digo yo que eso va a ser el origen del cambio del mundo.

Entonces, hay que tener esa conciencia viva de que Jesús es el Señor de la historia, y aunque parece que hay tantos momentos en los que son como si el mundo hubiese dado su espalda a Cristo y hubiese roto definitivamente con Él, pero Él es el Señor de la historia y miramos con ojos de fe lo que está sucediendo en nuestros días. Y por cierto, volviendo al libro de Daniel, en su capítulo 5, hay otro episodio que también es impresionante, en el que está el rey Baltasar haciendo un banquete, convidando a todos los suyos. Ese banquete es una provocación, porque lo que hacen es que para chulearse delante de la gente, mandan sacar los vasos sagrados que habían robado del templo de Jerusalén cuando Nabucodonosor les había llevado a los judíos al exilio a Babilonia. Y todo lo que habían robado, todo el ajuar, o como se llame, del templo de Jerusalén para chulearse delante de los suyos dice: "saca esos vasos que vamos a beber el vino con ellos", y lo sacan allí para hacer un alarde de chulería. Entonces de repente ven que aparecen unos dedos que están escribiendo en la pared, ante el susto y ante la perplejidad de todos, y aquellos dedos escriben en la pared: "Contado, pesado, dividido" y allí a todos les temblaban las piernas cuando veían que unos dedos estaban escribiendo. Y ¿qué significan esas tres palabras? Le llaman al profeta Daniel y el profeta Daniel con fuerza dice: "Yo te diré lo que significa eso: contado, Dios ha contado tus años de tu imperio y les ha puesto fecha de límite; es como cuando se dice en español: a todo cerdo le llega su San Martín, pues algo así, como diciendo: tú que te has pensado que estás aquí para siempre, lo tuyo está contado. Pesado, dice Dios, te ha pesado en la balanza y te falta peso y dividido, que significa que Dios ha dividido tu imperio y lucharéis entre vosotros y os vais a destrozarse entre vosotros, porque Dios, que es el Señor de la historia, también sabe jugar una baza, y es que el mal se destruye a sí mismo y al final el mal divide y empiezan a dentellarse entre ellos". Entonces creo que esta reflexión es la que nos hace caer en cuenta de que los adoradores son vigías, centinelas de la Aurora, y saben que en la Eucaristía se está fraguando algo nuevo, se está fraguando el cambio del mundo, se está engendrando ese cambio. Es como una onda expansiva, como una concatenación de transformaciones que nacen del latido del corazón de Cristo. El epicentro de ese cambio está en el latido del corazón del Señor; sus ondas expansivas son potentes, capaces de transformar los designios de la historia, y eso lo vemos presente en la Eucaristía a la que adoramos.

Yo creo que esto es una de esas grandes convicciones de Benedicto XVI que incluso no lo dijo solamente allí en la Jornada Mundial de la Juventud de Marienfeld, sino que también lo dijo en la exhortación apostólica *Sacramentum Caritatis*, donde en el número 11 vuelve a esta idea y dice: "La conversión sustancial del pan y del vino en su cuerpo y en su sangre introduce en la creación el principio de un cambio radical, como una forma de fisión nuclear". Es curioso, esa idea Benedicto XVI la tenía, y allí habla como si esto es como una fisión nuclear, que de repente un átomo comienza a transformar a todos los demás y se produce un efecto en cadena, como una forma de fisión nuclear,

por usar una imagen bien conocida hoy por nosotros, que se produce en lo más íntimo del ser, un cambio destinado a suscitar un proceso de transformación de la realidad cuyo término último será la transfiguración del mundo entero, el momento en que Dios lo será todo para todos, que será en la parusía.

Yo digo esto porque con estas palabras yo quiero subrayar lo que supone poner a Cristo en el centro. Qué esperanza tan firme supone poner a Cristo en la Eucaristía, en el centro de nuestra vida y saber se está comenzando la gestación de un mundo nuevo cada vez que celebramos la Eucaristía y cada vez que la adoramos. Es como si cada vez que celebramos una Eucaristía podríamos hacer nuestra aquella expresión de los judíos en la celebración de la Pascua cuando decían: "Hoy esclavos en Egipto, mañana libres en Jerusalén". Pues sí, nosotros a nuestra manera lo decimos: "Hoy esclavos en Egipto, pero mañana libres en Jerusalén". Cada vez que celebramos la Eucaristía eso vuelve a acontecer. Yo todavía aquí vivo esta esclavitud, porque es que el mundo nos tiene esclavizados, pero sabemos que la celebración de la Eucaristía está incoando esa liberación plena que Dios hace en nosotros.

De acuerdo, este es el punto de partida, que quizás es lo más importante de todo lo que hoy voy a decir, pero lo quiero rematar, como el título es "La Eucaristía, centro de la vida", con unas propuestas pedagógicas de cómo cuidar que la Eucaristía sea el centro. Entonces ahora voy a cambiar un poco de tercio y voy a dejar un poco esa reflexión teológica para dar algunos consejos más pastorales y más concretos de cómo hacer que la Eucaristía sea el centro de nuestra vida.

¿Y cómo hacerlo?, porque si eso es la Eucaristía, si tiene esa potencialidad, ¡qué importante es que la cuidemos bien! y qué dramático es que celebremos Eucaristías con indiferencia. Es que si estamos confesando eso de la Eucaristía, nos teníamos que preocupar mucho de que la Eucaristía no nos conmueva, de que no salgamos de ella como hemos entrado, de que mucha gente diga: "me aburro". Ojo con eso! o sea, eso es un drama, que la Eucaristía tenga esa potencialidad y que nosotros en la vivencia sobre ella tengamos esa superficialidad, eso es un drama. Es como si uno estuviese asistiendo al Sermón de la Montaña de Jesucristo, de las Bienaventuranzas, y esté bostezando "oye, tú macho, que está predicando Jesús el Sermón de la Montaña, y tú estás..." es que "me aburro". Pero ¿cómo es posible eso? y eso exactamente ocurre en nuestras Eucaristías. Es como si tú estuvieses con Jesús escuchando el Sermón de las Bienaventuranzas y de repente dices: "Uy, que me está entrando sueño". ¿Qué haríamos?, ¿qué hacemos para que nuestras Eucaristías estén bien cuidadas? ¿Qué podemos hacer?

En primer lugar, yo creo que hay que poner mayor acento en la formación, o sea, en la formación dirigida a los jóvenes y a los alejados sobre la Eucaristía, en la formación de qué es la Eucaristía. Poner mayor acento en eso. Yo pienso que nos hemos equivocado, y durante mucho tiempo hemos pensado que para atraer a los jóvenes, para atraer a quien no conoce la Eucaristía, hay que hacer Eucaristías muy creativas con una liturgia muy participativa y que la gente la tengamos un poco atenta. De hecho, yo recuerdo perfectamente como de jovencito, en San Sebastián, en aquellos años (fíjate tú, aquellos años que estoy... que yo tengo 61 años) yo recuerdo que en San Sebastián había en la cuesta de Aldapeta, en la iglesia de la Compañía de María, había una eucaristía para jóvenes los domingos que triunfaba completamente, a la que íbamos miles, y eso era un esfuerzo y un intento de: "venga, una eucaristía" y había ahí

un cura muy "guay", de esos muy "guay", muy lanzado, que era superatrevido el tío, con guitarras, con baterías, ahí había baterías y había de todo; era el típico intento de atraer a los jóvenes a la Eucaristía. Yo no niego toda la buena voluntad, pero os puedo asegurar que de aquello no quedó nada. Más esfuerzo que ese para intentar atraer, resultar atrayente, a hablar el lenguaje de los jóvenes, más esfuerzo que ese no se podía hacer, pero te digo yo, que de eso no quedó nada, pero nada de nada.

Y sin embargo, en aquellos mismos momentos, yo me acuerdo, que en el colegio el capellán nos invitó a los jóvenes a formar un grupo, un grupito, que los sábados por la mañana nos juntásemos para preparar la eucaristía del domingo, y que leyésemos las lecturas del domingo, y así entre nosotros, nos planteábamos: "¿qué nos dice la liturgia de este domingo?, ¿qué nos dice...?", tú tal, y tú esto... y luego contrastábamos "¿qué te ha dicho a ti?, ¿qué no te ha dicho a ti?", y cogíamos y lo estudiábamos, y le dábamos vueltas. Y además de eso, en la segunda parte de la reunión, el sacerdote siempre nos explicaba alguna parte de la Eucaristía: el lavatorio, el agua, la gota de agua que se echa en el cáliz del Señor ¿qué significa esta gota? ¿qué significa el lavatorio? Y luego íbamos a misa, el sacerdote predicaba y cuando el sacerdote predicaba algo de lo que habíamos dicho, le pegabas un codazo al otro: "¡Es lo que tú dijiste!", o sea, aquel intento que hizo aquel sacerdote de que ese grupo de chavalillos, que seríamos unos 10 o 12, que fuésemos a la Eucaristía habiéndola preparado, que tuviésemos hambre y sed de ella y que llegásemos un rato antes, tocábamos el timbre (porque había que tocar el timbre por si acaso alguno caía en la pereza) y entonces se trataba de llegar 10 minutos antes y poder prepararla porque la habíamos preparado. También íbamos cambiando, a veces, de iglesias e íbamos juzgando también, y diciendo un poco qué nos había gustado más, qué nos había gustado menos, pero ese grupo perseveró. Yo sé que, de esos 10 o 12 que estuvimos ahí, todo el mundo sigue viviendo la Eucaristía como el centro de su vida, mientras que del otro fue lo que el viento se llevó completamente. Entonces, eso es una lección, eso ha acontecido, porque esto no es un ejemplo concreto que se me ha ocurrido a mí, sino que esto ha ocurrido en toda España, ha sido algo que ha acontecido en todo el mundo, porque la clave está en introducirnos en el misterio.

¿Cómo introducirse en ese misterio? Ese misterio de fe del que hablaba Benedicto XVI, ¿cómo te introduces ahí?, ¿cómo le haces a un joven o alguien que está alejado entender eso? Tú tienes que adentrarte en **el lenguaje de la revelación que Jesucristo** ha expresado; tenemos que familiarizarnos con el, o vamos a pasar del lenguaje de la revelación y yo voy a ser más "guay" que Jesucristo y yo voy a decirte a ti lo que tú tienes que oír? pero ¿dónde vas tú? Entonces es tan importante que nos adentremos en el lenguaje de la revelación y en el lenguaje litúrgico, en la palabra de Dios y en la liturgia, que es elocuente la liturgia, que te está uniendo a cómo la Iglesia celestial y la peregrina alaba a Dios Padre por Jesucristo en el Espíritu Santo. Es que eso alguien te lo tiene que explicar, y ¿quién me lo explica?, ¿quién me ayuda a entenderlo? esa *Lectio Divina* dominical, esa *Lectio Divina*, es clave, y yo, por cierto, han pasado muchos años y fíjate, ahora ¿qué haces cuando tienes 61 años? pues lo mismo que allí me explicaron a hacer, explicar el Evangelio del día, fíjate, estamos igual, porque es lo que hay, porque es la revelación; existe otro método o qué, ¿cuál?, ¿qué es lo central? eso es lo primero, yo creo. Voy a hacer cuatro propuestas pedagógicas y esta es la primera propuesta, o sea, el esfuerzo de adentrarnos en el lenguaje de la revelación y de la liturgia; hay un lenguaje de la Sagrada Escritura y hay un lenguaje de la liturgia que tenemos que adentrarnos en ese misterio para participar de ese diálogo que es la liturgia.

Segundo lugar, creo que en esa propuesta también tiene que estar la de **la santificación del domingo**, no solo la de la misa. La palabra "has ido a misa" es como si el resto del domingo ya no hubiese nada más que hacer, me explico, pero es que la Iglesia habla de la santificación del domingo, no dice únicamente "has ido a misa", y ese matiz es importante, y entonces creo que uno de los desastres que tenemos no es que hemos dejado de ir a misa, que por supuesto, sino que hemos desestructurado el domingo: el ocio del domingo, el descanso, lo hemos desestructurado. Entonces en *Sacramentum Caritatis*, el número 73, habla de la importancia de la vivencia del domingo como el día del Señor, la importancia de ello, por eso conviene que en el día del Señor los grupos eclesiales organicen, en torno a la celebración eucarística dominical, manifestaciones propias de la comunidad cristiana: encuentros de amistad, iniciativas para formar la fe de los niños, jóvenes y adultos, peregrinaciones, obras de caridad, diversos momentos de oración; igual hay que hacer lo que sea, es decir, que la propuesta de la Iglesia es que se santifique el domingo entero, no únicamente ir a misa y se ha acabado, sino que en torno al domingo seamos capaces de hacer una gran propuesta de vivir el domingo el día del Señor. Porque es "a ver cuándo saco un rato para ir a misa el domingo", es que con ese planteamiento ya vamos mal. Lo que propone *Sacramentum Caritatis* es cómo hacer que el domingo sea el día del Señor; y que sea una propuesta fuerte. Es más fácil que un grupo de jóvenes vaya fielmente a la Eucaristía si tú les haces una propuesta de domingo completo que si pretendes que vayan a misa desconectados de una vivencia del domingo. La propuesta primera que parece que es mucho más exigente, es más viable que la segunda. Esto es curioso, pero por ejemplo, los oratorios de San Felipe Neri, etc, eran grandes propuestas en las que un joven tenía su propuesta dominical bien completa, incluido partido de fútbol e incluido las rifas de Don Bosco, porque Don Bosco juntaba a los jóvenes con ellos y los tenía el domingo entero. Y nosotros en Occidente hemos ido reduciendo y reduciendo las cosas.

Cuando uno va a África, esto lo ve con claridad, lo de África es tremendo. Yo recuerdo que, en Ruanda, viví una experiencia inolvidable, en una diócesis que estábamos visitando a misioneros me dicen: "Hay una ordenación sacerdotal el domingo, venga usted, venga", voy para allá y la ordenación no era en la iglesia, sino en el campo, en un sitio inmenso, allí habría gente, no quiero ni contar la gente que había, había 3.000 o 4.000 personas, todos negros, ahí el único blanco, yo creo, que sería yo. Y también había muchos niños, pero yo qué sé, unos 1.000 serían niños, por lo menos, y todos quietos. Y yo decía: "pero estos niños de dónde han salido" yo pensaba en mis sobrinos nietos y decía: "pero por Dios! ¿pero estos niños de qué pasta son? están aquí parados". Eso sí, había ahí unos catequistas para cuidarles que tenían una vara pero yo no veía que lo utilizasen, o sea, las cosas como son, una cosa increíble. Entonces, comienza la misa, pin pan, pin pan y fue una eucaristía de esas que duró 4 horas y media. Para las ofrendas hizo falta llevar dos camiones para llevarse las ofrendas que la gente había ido llevando en sus sacos, y se llenaron dos camiones con las ofrendas para llevárselos para el seminario, para Cáritas y no sé qué. Cuando había terminado aquello que yo decía: "madre mía!", llegamos a la sacristía y yo pensaba que ya habíamos terminado, y me dice el obispo: "ahora comemos un poco, algo rapidito, porque tenemos que volver ahora para hacer la fiesta de la tarde", ¡la fiesta de la tarde, por Dios!. Entonces regresamos allí y aquello era comer porque cada uno llevó lo suyo para poder comer allí algo, y a la tarde hubo discursos, bailes, cantos...una cosa increíble, y dale que te pego, y dale que te pego. Llegó un momento en que como había un obispo que había ido allí, me dijeron que tenía que hablar yo. Empecé a hablar, y yo qué voy a decir, que me siento muy gozoso de ver cómo nuestros misioneros han

llevado la fe, que para nosotros son un ejemplo, y había, uno traduciendo al suajili. Yo seguía "pan pan", el otro "pan pan" traducía; y cuando se me acabó un poco lo que tenía que decir cogí y me senté, y vi que nadie aplaudía, pero bueno. Y entonces hubo un silencio, se levanta el obispo, se me acerca y me dice: "Sabe lo que pasa, que aquí nadie ha entendido que usted ha terminado de hablar, porque claro, como usted ha venido, usted tiene que hablar más", porque sino piensan que usted ha ido a beber. Entonces salí de nuevo y dale que te pego, y ya dije cosas que ya era estirar el chicle, porque ya para mí ya estaba todo dicho pero venga y venga. Yo de vez en cuando le miraba al obispo y decía: "más, más"; madre mía!, hasta que llegó un momento en que miré y me dijo: "ya vale ". Entonces dije yo: "¡ por el amor de Dios!, ¡ por el amor de Dios!". Entonces comenzó a declinar el día, ya se acercaba la puesta del sol, y dijo el obispo: "venga, nos vamos todos a casa ahora". Yo vi aquello y dije: "madre mía, ¿dónde estamos?" Obviamente ya sé que aquello sería un día muy especial también para ellos, pero aunque fuese un día muy especial, para ellos era el día entero, me explico, era el día entero. Entonces nosotros si desgajamos la misa dominical del domingo, tú baja el listón, y vas a ver como lo que haces es que la gente lo valore menos, porque cuanto más bajes el listón para facilitar las cosas, la gente lo valorará menos. No sé si habéis oído aquella frase del Padre Morales, que fue el fundador de la Milicia de Santa María, etc que decía: "Mira, a los jóvenes si les pides mucho dan más, y si les pides poco no dan nada", porque esto ha sido así siempre, de toda la vida de Dios, porque si te pido poco, si es que estoy de rebajas, entonces no tiene tanto valor lo que te estoy ofreciendo O sea, que yo creo que lógicamente habrá que estrujarse los sesos y ver eso traducido a nuestro contexto en qué se puede traducir. Yo soy consciente que aquello, literalmente aquí, no es traducible, pero es que San Juan Bosco, es que San Felipe Neri, es que los santos de Dios, esto se lo tomaron en serio, se tomaron en serio que el domingo era el día del Señor, y a nuestros jóvenes y a nuestras familias se les hace una gran convocatoria y al final estos perseveran y los otros no perseveran, porque en el fondo eso de que "por sus frutos los conoceréis" y ver qué da fruto y qué no da fruto, yo creo que es que tiene que ser así.

Tercer lugar, dentro de la propuesta pedagógica, además de lo que he dicho de familiarizarnos con el lenguaje de la Escritura y con el lenguaje litúrgico, creo que también tiene que haber en la vida de todo católico, no sé en qué momento o en varios momentos de su vida, tiene que haber **una formación teológica** sobre qué es la Eucaristía. Es que pedirle a los católicos que vayan a misa sin que dentro de nuestra vida haya habido una formación teológica de qué es la Eucaristía es difícil. Es que ¿cómo le puedes pedir a alguien que toda su vida viva la Eucaristía dominical si en toda su vida no le hemos ofrecido la formación teológica de qué es la Eucaristía? eso es una cosa increíble. Es como si a alguien le pides, que sea, no sé, que sea policía toda su vida y nunca le has dado ninguna instrucción. Entonces la Eucaristía tiene por lo menos ocho **dimensiones**: la dimensión **sacrificial**: qué es la Eucaristía como sacrificio, la dimensión como **banquete**: es el adelanto del banquete del reino de los cielos, la Eucaristía como **presencia viva**, la Eucaristía como **fiesta**: la gran fiesta de encuentro, la Eucaristía como la fuente de **la caridad** cristiana, la Eucaristía como el lugar que custodia **la palabra**, la Eucaristía a la que acudimos desde el sacramento de la confesión preparándonos para recibirla, la Eucaristía como lugar de **eclesialidad**, en el que se expresa la comunión de la Iglesia: la Iglesia hace la Eucaristía y la Eucaristía hace la Iglesia, y la Eucaristía como **viático**: como nuestro pasaporte para la vida eterna. Todas estas son las dimensiones de la Eucaristía: sacrificio, banquete, presencia, fiesta, caridad, Palabra de Dios, introducida por el sacramento de la penitencia, eclesialidad, viático; son dimensiones en las que nos tenemos que formar, y

es increíble que esto no lo tengamos más asumido (obviamente no voy a dar esta formación ahora, me explico; o sea, esta formación, en esta charla creo que no toca darla, porque creo que es para otro momento). Y en cuarto lugar, la cuarta clave: la **integración de la Eucaristía y la vida**. Aquel sacerdote que nos juntaba a aquellos adolescentes para preparar los sábados por la mañana la misa, que se llamaba el padre Manuel Armalé, ya falleció, cuando él decía y cuando nos explicaba el "podéis ir en paz" decía: "Yo cuando digo esa palabra digo por debajo: 'el que pueda'", como diciendo: hay que integrar la Eucaristía y la vida, o sea algunos dicen "podéis ir en paz" y significa "se acabó", pero no significa "se acabó", significa que hay que integrar la Eucaristía y la vida, hay que integrarlas.

Entonces, una espiritualidad madura se centra en eso, en esa integración. Una vida cristiana que se caracterice por la unidad, por la coherencia y que supere esa doble condición de vida espiritual y vida del mundo. El padre Mendizábal se cansaba de decir eso: que no había dos vidas, la vida espiritual y la otra. No hay más que una vida; la vida espiritual es la vida que hay, pero vivida desde el espíritu. No pensemos en dos vidas. Entonces, esa integración supone intimidad con Cristo, formación de la mente y acción de las manos; en tres dimensiones a profundizar para armonizar la fe y la vida: corazón, mente y manos. El corazón supone mi unión de intimidad con Cristo; la mente supone mi formación; y las manos, la acción. Corazón, mente y manos son esas tres dimensiones; la afectiva también, lo que son nuestros criterios, nuestra forma de ver y de juzgar y valorar, que es la mente; nuestra formación para ver el mundo según la Doctrina Social Católica; y las manos, la acción, la acción caritativa. Esas tres dimensiones tienen que estar integradas en esa unión fe y vida, en esa unión Eucaristía y vida.

Y como os decía al comienzo, que nos quedásemos con la expresión "Eucaristía, centro de la vida", y eso lo decía porque, fijaros, hubo una gran misión eucarística en Roma que, no sé si os acordaréis, porque son ya muchos años, en el que durante un tiempo la diócesis de Roma hizo una misión eucarística que tuvo un gran fruto y que tenía como lema "Jesús en el centro". Yo recuerdo que yo era un obispo casi recién iniciado en el ministerio, aunque ya llevaría dos o tres años igual (ya llevo ya 17 años, madre mía, es que esto es tremendo, 17 años) y me acuerdo que fui a Roma y en la Plaza Navona, allí en la pastoral juvenil eligieron una iglesia para poner en ella la Eucaristía y hacer de esa iglesia el centro de la pastoral juvenil de Roma, una iglesia en la que estaba el Señor expuesto en la eucaristía, etc. Entonces, en torno a esa Plaza Navona, cuando yo llegué allí, que era el Congreso Mundial de la Divina Misericordia, de repente veo que un grupo de jóvenes, impresionantes, se ponen allí a representar la pasión de Jesucristo y yo dije: "¿estos quiénes son?". Me pareció aquello una cosa de una gran belleza y me entero de que eran del Cenáculo. Yo, que ni sabía que existía, y estaba allí una religiosa, la Madre Elvira, que allí la conocí y hablé con ella, y cuando me enteré quiénes eran esa gente, que eran chicos salidos del mundo de la droga y que estaban haciendo aquella representación, yo decía: "¿pero será posible?, ¿es posible que esto acontezca?, ¿es posible ese cambio?". Y claro, con una propuesta de sanación que se centra en oración, amistad y trabajo, me explico, no hace falta ni terapias ni profesionales, ni tu tía, solo basta con oración, amistad y trabajo y vida evangélica para entendernos. Y esto ¿qué secreto tiene? Vida evangélica, de pobreza, de desprendimiento, de poner allí a Jesucristo en el centro de nuestras vidas y no hay más que hablar. Entonces, te das cuenta de que Jesucristo, cuando se le pone en el centro, tiene la capacidad de hacerlo todo nuevo. Y la Eucaristía todo lo renueva. Entonces creo que es importantísimo que creamos en la centralidad de la Eucaristía.

Allí el Papa, me acuerdo, que en aquel escenario, como conclusión de aquella misión eucarística, dijo: "Deseo transmitir algunas consignas", y dio tres. La primera: el **amor a la Eucaristía** "no os canséis jamás de celebrarla y adorarla junto con toda la comunidad cristiana, sobre todo el domingo, ponerla en el centro de vuestra vida personal y comunitaria para que la comunión con Cristo os ayude a realizar opciones valientes". La primera: ama la Eucaristía. Segundo lugar les dijo, nos dijo: "**Pasión misionera**, no tengáis miedo de dar razón de vuestra fe, una esperanza que tiene un nombre muy preciso: Jesucristo. Es necesario transmitir esa esperanza a vuestros coetáneos, saliendo a buscarlos, ofreciéndoles verdadera amistad y acogida, conduciéndolos a adorar a la Eucaristía". Es decir, encontrar a nuestros amigos y te llevo a la Eucaristía para adorarla. Y tercero, nos dijo: "Primero, amor a la Eucaristía; segundo, pasión misionera; tercero, no os canséis jamás de formaros en la **escuela de la Palabra de Dios y en la celebración de los sacramentos**", lo mismo que hemos dicho en esta charla: tú no te canses de formarte en lo que es la Palabra de Dios y lo que es la liturgia, no te canses de formarte en ello, porque es la manera en la que la Eucaristía y la vida estarán integradas y es la manera en que la centralidad de la Eucaristía será el motor de transformación del mundo.

"Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos". Amén.